

Arte y autopistas

El viaje en un dedo

Emilio Casanova

Reflexiones o elucubraciones de un autor sobre las tecnologías, la vida e Internet que comienzan con las aventuras de un dedo recorriendo los atlas de Aguilar.



De niño (para situar, mediados los sesenta del pasado siglo) me llevaban mis padres de cuando en cuando a visitar a una tía abuela mía, Asunción para más señas. En su casa tenía dos cosas que me fascinaban: un gran atlas Aguilar y la enciclopedia Espasa Calpe. Esta última ocupaba dos grandes paredes y había una escalerilla para poder acceder a los primeros tomos. Iba cogiéndolos al azar y al azar abría sus páginas. Hacía lo mismo con los tres grandes tomos del atlas. Iba viajando con el dedo y con la imaginación.

Aprendí con esos dedos algunas cosas que no supieron enseñarme en el colegio. A explorar. Tuve, sí, algunos profesores y profesoras que prosiguieron la línea del dedo. Y sentí que eso no era baladí. De adolescente seguí a mi dedo, siempre desorientado, en la Biblioteca de Zaragoza, en la plaza de José Antonio y hoy, para mejor nombre, aunque no mucho, de Los Sitios. Mejor nombre tendría, aunque lo desconozco, una bibliotecaria que me tenía aprecio y me iba orientando ese dedo que había puesto en mapas y en páginas. Por esa señora agradable amé la literatura. Y por mi hermano mayor y un amigo suyo. Culpable este de que intente contar lo que estoy haciendo.

Prosigue el tiempo y un servidor pretende estudiar filosofía, filosofía pura. Pero no se vendía en nuestra ciudad y nuestra familia no podía permitirse semejante dispendio. Ni lo planteé. A la vez existía un mediocre enano que nos mandaba. A unos las ideas y a otros a la cárcel. Yo estaba en el segundo renglón de la jugada. Tuve la suerte de haber sido atleta, mediocre sí, pero corredor. Otras amigas y amigos no tuvieron ese entrenamiento.

Ya veo a los editores, así que acabo lo anterior.

Información, enciclopedia. En los mediados años setenta del pasado siglo trabajé como currante en datos, en sistematizar. El dedo, sin saberlo, iba por ahí.

Mientras leía literatura iba trabajando en sistemas informáticos sin saber de estos nada. Pero la vida, si corta, se expande. Y temiendo lo de los editores, acabo diciendo que amaba también la imagen. A ella me dediqué cuando co-

menzó a existir el vídeo analógico y en ese camino fui siguiendo su vertiginoso desarrollo.

De un dedo a otro dedo muy diferente. De la Enciclopedia de 90 tomos o así a una tecla que si se sabe tocar, encuentra. Esta, sí, en el teclado. Pero donde está es en la cabeza. No se encuentra un dato en la Espasa ni en Internet si no se sabe buscar.

“ Los tontos aducen que la información en internet puede equivocar. También las tesis doctorales. ”

Hoy no tiene sentido matérico el Espasa (lo tiene, claro, hablo de información), pero no existiría digitalmente sin personas que la pensaron y la escribieron a dedo limpio, con pluma, lápiz o máquina de escribir. Y lo que llena todo, sin las ideas y las informaciones.

Internet y sus caminos facilitan todo eso. Mi trabajo actual no sería, por ejemplo, sin la Wikipedia u otros caminos. Por eso apporto anualmente lo que puedo dinerariamente, y no entro más en los derechos ni los deberes. El camino de la información está ahí y en muchísimas puertas que existen. Los miedosos, en realidad los contritos y “acaparantes” de su pequeño agujero, tienen ataque al nuevo dedal. Temen que les roben exactamente lo que ellos han comido. Mi dedo de niño en la Espasa es hoy más rápido y más sistemático. Los tontos aducen que la información en internet puede equivocar. También las tesis doctorales. Todos sabemos que para buscar información, en la Espasa o donde sea, hay que saber buscar, y saber encontrar. Un tonto siempre será un tonto, un ladrón lo mismo será.

La apropiación es el robo. Va a pasar ya en esto que nos tiene tan ocupados. Los ricos saben que todos tenemos necesidades fisiológicas, y el pensar forma parte del negocio de las excrecias. De eso viven, de nosotros, y tienen muchos siervos bien pagados. Ese sí es el problema. Todos dejamos nuestra matrícula. Los regalos de hoy ya van siendo pagos

para mañana. En cualquier caso, viva la revolución informática. Hoy hay menos analfabetos en el mundo gracias a estas teclas con las que escribo desde mi casa a unos amigos. Pero, como las autopistas, nos harán pagar por todo. Y, además, saben nuestro ADN. Eso no pasaba antes, cuando el poder —el mismo más o menos— trabajaba con machete o pistolón. Ha sido una nebulosa suavemente enlazada que aquí la tenemos. Quizá dentro de cien o doscientos años alguien escribirá no sabemos en qué formato lo que nos está sucediendo hoy. Y quizá otra persona responderá de otra forma. Qué pena que la vida no sea física exacta. Hasta por este tema fueron machacadas no pocas personas. La manzana, la sangre que nos hace vida o el giro famoso. Se puede gozar de la vida sabiendo que existe la muerte, no si te persigue con manos ajenas. El conocimiento, todo, el posible en cada época, no hace más que alegrar ese camino que a todos nos lleva. Y hacer mejor a los que nos siguen. Eso sí define a un reaccionario o a un progresista.

En definitiva: La información debe ser siempre libre. El trabajo de quien compone ese edificio libre merece el bocadillo siquiera. El derecho a ser autor y a comer por su cometido. No soy ministro, pero ahí está la historia. Difícil, sí, pero para eso se presentaron y cobran algo más que algunos de ustedes y yo.

P.D. Tengo que reconocer que los tres tomos del Atlas Aguilar los estoy viendo ahora mismo, porque son la herencia de mi tía Asunción. Sé que veo países que ya no existen. Pasará con los que hoy vemos en Internet, y con nosotros, bastante más pequeñines. Pero da igual. Amo la información, también el tacto.